

El regalo perfecto

Carmen Flores Mateo

Siempre me gustó leer. Desde que puedo recordar, nuestra casa estuvo llena de libros. No era raro ver a mis padres leyendo; él en su sillón —mucho cuidado con sentarte en él, ¡te podía caer una lluvia de cosquillas!—, ella en el sofá, debajo de la lámpara azul.

Las estanterías de casa tenían doble hilera de libros. Mi padre era más aficionado a la ciencia ficción, al terror, al misterio... Libros con portadas negras, con letras rojas que goteaban como si estuviesen escritas con sangre, y que empecé a leer bien jovencita. Mi madre era devoradora de cualquier tema, manuales, relatos fantásticos, novelas históricas, libros de viajes o sobre cómo criar determinada raza de perros, daba igual.

Desde antes de saber leer por mí misma, uno u otra me leían cuentos cada noche, bien porque era una pesada y no dejaba de insistirles, bien porque en el fondo a ellos también les gustaba un poquito... Cuando por fin pude hacerlo por mí misma, jamás dudaron en comprarme un libro. No he sido una niña malcriada, no tenía todo lo que pedía, excepto si era un libro.

Uno de los primeros que tuve, y que era mi favorito, era una recopilación de cuentos, algunos bastante cruentos, tengo que reconocerlo. Como el de Barba Azul, que se casaba con jóvenes doncellas y las colmaba de riquezas y amor. Sólo les pedía, a cambio, que nunca abriesen la puerta del desván, que confiaran en él. Todas al poco tiempo, irremediablemente, abrían la puerta, y se encontraban con los cadáveres desmembrados de las doncellas que les habían precedido. Así las encontraba Barba Azul, con los ojos desencajados, y sabía que no habían cumplido con su única petición, por lo que pasaban a formar parte de la pila de ex esposas del desván.

El libro, aunque debía tener como veinte cuentos, tenía una ilustración de esta historia en su portada, lo recordaba a la perfección. La puerta, la bella doncella con la mano en el pomo, el horror pintado en su cara y, tras ella, el adusto Barba Azul con la espada en alto. Sin duda fue mi libro favorito durante años, y en la primera hoja puse mi nombre junto con la fecha: *“Elisa García, 4 de Mayo 1966, 7 años”*. Estuvo en mi estantería años y años, mil veces leído, y no recuerdo en qué momento de mi adolescencia desapareció de ahí, seguramente con alguna limpieza de mi madre, o en alguna mudanza de unas cuantas que vivimos...

De eso hacía muchos, muchos años. Ahora la madre era yo y a mis hijos tampoco les negaba nunca un libro. Eran aún muy pequeños, diez años el mayor, siete la pequeña, Eli. Al día siguiente era su cumpleaños, y sabía que un libro será un buen regalo para ella.

Entré en la vieja librería de Antonio, un hombretón grande que con los años, como nos

pasará a todos, parecía ir menguando. En cambio su sonrisa no menguaba nunca, y me recibió como siempre con ella pintada en la cara. Le comenté lo que buscaba y me enseñó unos cuantos libros infantiles y juveniles que le acababan de llegar, alguna colección nueva...Eli ya tenía alguno de aquellos, y yo tampoco me decidía. Insinué que me apetecía echar un vistazo por la librería, y aproveché que entraba otro cliente para escaparme de Antonio. Esta era grande, con recovecos, incluso libros tirados por el suelo debajo de las mesas y rincones oscuros, pero olía bien. Olía a libro.

Recorrí los pasillos mirando las estanterías, agachándome para mirar los libros de abajo, estirándome cuando no llegaba a alguno de los más altos, sintiéndome niña de nuevo. Descubriendo títulos. Descubriendo mundos.

Acabé en la sección de libros de segunda mano, curioseando distraída. Estaban apilados en dos mesas enormes y habían sido puestos más o menos por temas. Localicé un montoncito con libros que parecían más infantiles, y me entretuve mirándolos uno a uno. Quizás encontrase algo bonito para mi hija.

Encontré una edición ilustrada de “Colmillo blanco”, de Jack London —que recuerdos...—, ejemplares sueltos de colecciones de Julio Verne, y dos recopilaciones preciosas de cuentos de los hermanos Grimm. Estos últimos ya estaban bajo mi brazo y pasé a abordar el segundo montón de la mesa. El de encima de todo era “Cuando Hitler robó el conejo rosa” de una tal Judith Kerr, me hizo gracia el título. El segundo... Mi mano se detuvo al ver la portada. La puerta, la asustada doncella, la espada de Barba Azul... ¡era como el mío!

Solté todo lo que ya llevaba cogido y me lancé a por el libro. Vaya hallazgo, empecé a dar saltos, ¡no podía creérmelo! Ya no me acordaba de mi hija ni de que había más gente en la librería, ¡había encontrado un trozo de mi infancia!. Era igual que la recopilación que yo tenía, aunque estaba algo roto, el pobre, pero poco me importaba.

Pasé las páginas rápido con el pulgar derecho, aunque estaban bastante amarillas parecía que no faltaba ninguna. La ilusión que sentía por dentro me hacía dar grititos como una imbécil, y también debía tener cara de imbécil, porque Antonio y un chico joven me miraban sonriendo... Fui hacia el mostrador.

—¿Cuánto por éste? No te lo vas a creer, pero tuve uno igual cuando era niña.

—Ya me habías asustado —dijo Antonio riéndose— ¡Pensaba que los gritos eran porque te había salido algún bicho de esa pila de libros viejos!

—No hombre, no, ¡que me ha hecho mucha ilusión! Creo que ya he encontrado el regalo que buscaba para mi hija.

—¿Estás segura?, llévale también alguno nuevo, que los críos no aprecian esos valores sentimentales como nosotros, para ella sólo será un libro viejo... —Antonio cogió el libro de

mis manos—. Mira, si hasta está pintarrajeado...

Abrió el libro por la mitad más o menos y era verdad, en la parte inferior de la hoja había unas letras enormes, temblorosas.

—¿Me dejas verlo bien? —recogí el libro abierto de sus manos.

Las letras que él me indicaba eran rojas, grandes y claramente hechas por la mano de un niño. Decían *“Cristina Avila, 3 de Noviembre 1983, 7 años”*. En la página de al lado, más pequeñas y con caligrafía distinta, se leía *“Ana Montanet, 25 de Diciembre 1989, 11 años”*.

Si mi mente iba rápido, mis manos no os podéis ni imaginar. Conteniendo la respiración abrí el libro por la primera hoja. Allí estaban las palabras, descoloridas un poco por el tiempo, pero reconocibles sin duda alguna. *“Elisa García, 4 de Mayo 1966, 7 años”*. No era un libro como el mío, ¡era mi libro! Años sin pensar en él, sin preguntarme qué destino podría haber seguido, simplemente aceptando que nuestra niñez pasa y no vuelve, y nuestros libros de cuentos con ella.

Pasé las hojas despacio, leyendo un nombre y una fecha en cada una. Nombres escritos con letras grandes, con letras pequeñas, letras rojas, azules, con una letra de cada color. A boli, a lápiz, incluso en apariencia hechas con pincel y acuarela, difícilmente legibles, pero ahí estaban...

“Miguel Pedrada, 23 de Abril 1977, 8 años”

“Ana Cisneros, 15 de Enero 1998, 9 años”

“Daniel Almodóvar, 16 de Mayo 1991, 8 años”

“Covadonga Gante, 20 de Marzo de 1981, 6 años”

Y así, página tras página, fueron surgiendo en mis labios nombres de niños y niñas que habían, como yo, dado vida a ese libro que tenía entre mis manos, vivido sus historias y temblado imaginando a Barba Azul y su desván de asesinadas esposas, dejando su aportación de la misma forma que yo había estampado en la primera página y entregando un poquito de ellos al libro mismo, quizá agradeciendo lo mucho que éste les había entregado también.

—Me lo llevo, pídemelo lo que quieras —espeté decidida a Antonio

—No hija, ¡te lo regalo! Ojalá todo el mundo se entusiasmase tanto con un libro viejo como tú. De todas formas si es verdad lo que dices ya era tuyo, ¿no? —Con una sonrisa me acompañó a la puerta—. Anda, que lo disfrutéis. Y tráete pronto a los críos, ¡que hace mucho que no los veo!

Salí dando traspiés de la tienda con el libro en la mano, y aún alucinada volví a abrirlo en medio de la calle. Hoja tras hoja, nombre tras nombre y fecha tras fecha, las recorrí una vez

más con los dedos. Todas ocupadas menos la última, aún con el espacio en blanco... por poco tiempo. Ya tenía el regalo perfecto para mi hija.